



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL CLUB DE LOS FLORISTAS ITALIANOS

Sábado 24 de noviembre de 1979

Estoy contento de recibirlos y saludarlos, queridos socios del "Club Floristi d'Italia", reunidos en Roma para vuestro congreso anual y que habéis querido encontraros con el Papa para recibir una palabra de aliento y de bendición.

Mi pensamiento, en este momento, se dirige cordial a vosotros aquí presentes y a todos vuestros asociados, que realizan un servicio tan gentil para la convivencia humana. Efectivamente, el intercambio de sentimientos, de afectos y de entendimiento entre los hombres, se realiza siempre a través de signos y figuras, entre los cuales la palabra es la más noble y representativa. Pero también las cosas, todas las realidades de la creación, y las flores con especial evidencia, poseen una fuerza particular evocativa; una capacidad expresiva, especialmente cuando llegan también a los altares, como manifestación de amor y de fe.

En su delicada y perfumada elegancia, las flores testimonian la magnificencia del Creador. La Sagrada Escritura se sirve frecuentemente del lenguaje de las flores, para invitar al hombre a la alabanza a Dios. Recuerdo las palabras del Sirácida: "Oídmme, hijos piadosos, y floreceréis como rosal que crece junto al arroyo..., floreced como el lirio, exhalad perfume suave y entonad cánticos de alabanza. Bendecid al Señor en todas sus obras" (*Sir* 39, 17. 19).

Pero, sobre todo, ¿cómo no evocar para vosotros, que vivís entre las flores, el inolvidable recuerdo que de ellas ha hecho el Señor Jesús en el Evangelio, para invitarnos a la confianza en Dios Padre? "Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? (*Mt* 6, 28-30). La flor del campo, alimentada sólo por las fecundas linfas de la tierra que la sostiene, es señalada por el Señor como imagen y ejemplo de abandono sereno y animoso

en la Providencia, actitud necesaria a los hombres de toda época, sometidos siempre a la tentación de la desconfianza y del desánimo a causa de las adversidades personales y de las perturbaciones de la naturaleza y de la historia.

De aquí saco mi deseo para vosotros: sabed imprimir en vuestro trabajo sentimientos de gratitud, de alabanza, de veneración, y especialmente esta confianza en Dios, y a la vez propósitos de bondad y de disponibilidad hacia el prójimo, de modo que vuestra actividad se convierta cada vez más en una iniciativa apta para llevar a los hombres un mensaje de serena belleza y cíclica fraternidad.

Os acompañe mi bendición.